

Grecia como espacio mitológico y heroico en el *Quijote* de Cervantes

STAVROS AGOGLOSSAKIS
Universidad de Barcelona

La participación en la batalla naval de Lepanto, el acontecimiento histórico más celebrado en el arte y la literatura de su tiempo, (Hasiotis, 2001: 40), representó para Cervantes el momento clave de su vida. La presencia de la armada aliada bajo el mando de Don Juan de Austria durante dos temporadas consecutivas en el territorio griego, proporcionó al autor del *Quijote* el primer y decisivo contacto con el país cuya cultura, mitos y literatura, constituían un punto de referencia en el marco estético del Siglo de Oro español. Cervantes se encuentra pues en un territorio que le resultaba familiar por sus lecturas mitológicas y caballerescas, participando activamente en la campaña militar de la armada cristiana contra los turcos en el territorio heleno. Los efectos de este hecho primordial para la vida y la obra de Cervantes creemos han sido valorados con un enfoque más histórico y biográfico que literario y deberían ser analizados más detenidamente por lo que a la obra cervantina se refiere. Los títulos de algunas de las obras perdidas de Cervantes, como *La batalla naval*¹, nos indican que la experiencia en el suelo griego desembocó en la creación de obras originales. Sin embargo, las huellas de la aventura cervantina por tierras griegas en el *corpus* existente de su obra, se encuentran en algunos textos aislados como el *Quijote* y la *Novelas Ejemplares*, donde la pluma cervantina delega a determinados personajes el papel de la representación del autor.

Tomando como guía el *Quijote* trataremos de analizar brevemente el papel de la presencia de Cervantes en el suelo heleno concentrándonos no solo en los conocidos aspectos históricos o autobiográficos de la misma sino en los que más inciden en la creación de su obra literaria. Tales son los que afectan la demostrada predilección de Cervantes por los li-

1. Según declara el mismo Cervantes en la *Adjunta* al Parnaso.

bros de caballerías, género tan vinculado con el territorio griego, y los que tocan a su última obra, el *Viaje del Parnaso*, el tercer y último viaje de Cervantes por tierras griegas, un viaje ideal esta vez, en busca de su consagración no como soldado sino como verdadero poeta.

1. Lepanto, Navarino y los dos viajes de Cervantes a Grecia

El dieciséis de septiembre de 1571 la flota aliada de la *Santa Liga* formada por España, Venecia, Malta y otros estados cristianos bajo el mando de Don Juan de Austria sale de Mesina y se dirige hacia las islas Jónicas. Diez días más tarde hace escala en Corfú, la *isla inexpugnable*, que acababa de rechazar un ataque otomano. Se trata del primer viaje griego cervantino. Desde el norte del mar Jonio Cervantes divisa los montes Acroceraunos, los montes de los rayos cantados por Góngora (Cervantes, 1973: 94, nota 282), y avista Ítaca: ha llegado a las míticas playas de Homero, como escribirá mucho más tarde en el *Viaje del Parnaso*. El seis de octubre por la mañana la armada cristiana entra en el canal de Lepanto para enfrentarse con la armada turca. Aunque sufre de malaria insiste en tomar parte en la batalla donde luchará con valentía, será herido de un arcabuzazo y perderá el uso de la mano izquierda. Vuelve a Corfú tras el final de la batalla con el resto de la flota cristiana y pasa el invierno hospitalizado en Mesina. «Un hombre que en semejante estado, con fiebre y tres heridas, rota una mano, chorreando sangre por todo el cuerpo, no se desmaya, y alienta y combate en espera de saborear la victoria, es un héroe sin duda» apunta el biógrafo de Cervantes, L. Astrana Marín (1948-1958: 331).

Tras la gran derrota de la armada turca se decide continuar la campaña en los mares de Levante y, el mes de septiembre del año siguiente, las fuerzas aliadas vuelven al territorio griego. Las escuadras de la *Liga* salen de Mesina el 6 de julio de 1572 otra vez rumbo a Corfú, a proseguir la guerra contra los turcos. Entre el gran número de tropas que vienen transportadas en la isla se hallaba la infantería española del tercio de Moncada y dos compañías del de Don Lope de Figueroa al que pertenecía a la sazón Cervantes². Durante los meses de julio y agosto del 1572 sirvió bajo el mando del veneciano Marco Antonio Colonna navegando las costas del Peloponeso, en el sur de Grecia, a la caza de la flota turca que evitaba, tras el desastre de Lepanto, entrar en combate con los aliados. Los turcos tenían sus fuerzas divididas en Navarino (la antigua Pylos de Homero) y en Modón y los aliados se dispusieron a cortarlas y batirlas. El 8 de septiembre salió la armada contra Uluch Alí, el renegado almirante de la flota otomana y uno de los mejores marineros de su tiempo. Cervantes se encontraba en una de las cincuenta galeras que comandaba el marqués de Santa Cruz. El propósito de encerrar en Navarino a toda o la mayor parte de la flota turca quedó frustrado al equivocar los pilotos de la galera *Real* de Don Juan la ruta y la armada en vez de ir a Modón torció al poniente. Los confederados perdieron así la ocasión de tomar setenta galeras que se salvaron en Modón con el resto de la flota enemiga, episodio que será luego contado en la *historia del cautivo* intercalada en el *Quijote*.

La armada aliada se presenta finalmente ante Navarino el 2 de octubre. Navarino es la antigua Pylos, patria de Néstor, el rey más anciano de los que asistieron al sitio de

2. Astrana Marín (1948-1958: II, 383). Todas las informaciones relativas a la estancia de Cervantes en Grecia provienen de esta fuente.

Troya y célebre por su sabiduría. Se dio la orden de sitiarla a Alejandro Farnesio, tercer duque de Parma. Saltaron a tierra los hombres de Farnesio y lograron plantar ocho cañones gruesos sobre la explanada. Permanecieron tres días allí con buen éxito, pero el cerco fue levantado y los atacantes reembarcaron al abrigo del fuego de la escuadra. La retirada era cubierta por el tercio de Moncada. No sabemos si Miguel saltó a tierra con Farnesio o si permaneció a bordo (Astrana Marín, 1948-1958: II, 391). Lo más probable es que estuviera embarcado con las unidades que cubrieron la retirada. Cervantes asegura en su memorial de servicio al Rey del 1590 que estuvo en las campañas de Navarino, La Goleta y Túnez.

Don Juan vuelve a Zante el 7 de octubre. Al pasar frente a Modón, el Marqués de Santa Cruz prendió la galera del nieto de Barbarroja, rescatando doscientos cautivos que iban al remo. A esta acción parece haber asistido personalmente Cervantes, quien la narra por boca del *cautivo* en el *Quijote*.

2. La Historia del cautivo

La parte más autobiográfica de todo el *Quijote* es precisamente la *Historia del cautivo*, una narración intercalada en la primera parte que detalla las vivencias de Cervantes en tierras griegas y la lucha contra los enemigos infieles. Ocupa un lugar central en la estructura de esta parte del *Quijote* puesto que le anteceden y siguen once capítulos (Gaylord, 2001: 32) y es precedida por el conocido discurso de Don Quijote sobre *las armas y las letras*. El preámbulo quijotesco adelanta el acto que será el eje de la historia a venir: el salto heroico a la galera enemiga con toda una procesión de soldados valientes y arrojados. La historia del cautivo brinda la oportunidad al autor de presentar de manera novelesca su experiencia personal derivada de la participación *en la ocasión más alta que han visto los siglos pasados* como afirmaba con orgullo Cervantes. Y efectivamente los detalles de las descripciones, los personajes históricos, los lugares y la cronología de la narración, que el biógrafo de Cervantes Jean Canavaggio considera de las más bellas páginas del *Quijote* (Canavaggio, 1992: 66), no hubieran podido estar más cerca de la realidad.

Tras haber luchado valiosamente en la batalla naval de Lepanto, el capitán Ruy Pérez de Viedma es capturado, conducido a Constantinopla, y puesto a remar en la capitana turca (la de los *tres fanales*, por los grandes faroles colocados en la popa como insignia de mando) antes de terminar en Argel, en la espera, como todos los rehenes cristianos capturados, del rescate final. Cervantes narra con precisión todos los eventos militares de la época posterior a la batalla de Lepanto: las campañas de Don Juan de Austria a Navarino, las sucesivas a Túnez y la Goleta, y la destrucción de ésta cuando los turcos retomaron el fuerte. Por boca del capitán, Cervantes nos ofrece su versión de los hechos y un comentario personal sobre la ocasión perdida que al final representó la batalla de Lepanto para la expulsión de los turcos del Mediterráneo, expresando de esta manera su decepción sobre el desenlace de aquella victoria gloriosa.

Dice el capitán:

Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesa, porque todos los leventes y jenízaros que

en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos; tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada. (Cervantes, 1990: 419)

Es de interés notar aquí que los tres capítulos que ocupa la historia del cautivo, son entre los primeros que escribió Cervantes para el *Quijote*, como apuntan Astrana Marín (1948-1958: II, 387-388) y Martín de Riquer (1990: 417-418), siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos históricos contenidos en ella. Escritos entorno al año 1589, dieciséis años antes de la publicación de la primera parte y dieciocho tras la batalla naval, recibirán sus últimos toques por los años de 1602-1603 al ser dispuestos para su inclusión en el *Quijote*.

Ha sido observado acertadamente que a partir de este punto en adelante la vida de Cervantes se identifica con la batalla de Lepanto señalando el comienzo trágico y traumático de su vida madura (Ricapito, 2001: 54). Podemos imaginarnos el estado de ánimo en el que se encontraba Cervantes cuando vuelve a su patria tras el dramático periodo del cautiverio, nueve años después de la ocasión gloriosa en la que participó. El joven soldado que fiel a sus ideales, su Dios y su Rey, combatió enfermo desafiando a la muerte, vuelve a su país mutilado y olvidado. Los problemas familiares, las deudas, el desengaño y la frustración de sus esperanzas por una carrera decente caracterizan su vuelta. Pero a pesar de ello sigue creyendo en los valores que siempre le guiaban y no pierde su fe. «Ya que la guerra no da muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama» (Cervantes (1990: 416), declara el capitán Ruy Pérez de Viedma-Cervantes en el comienzo de la historia del cautivo. El recuerdo de su carrera heroica en las armas, que terminó tempranamente a causa de su herida, le llena de orgullo. Pero sus esfuerzos por una carrera en las letras y una nueva «fama y valor», literarios esta vez, son frustrados. Intenta escribir obras teatrales y poesía sin éxito considerable. Y al mismo tiempo constata, como afirma en el *Viaje del Parnaso*, que el éxito en la literatura depende más de los favores, del poder, y de la avidez que del merito propio.

3. Las armas y las letras

Es por eso que encontramos en este punto tan autobiográfico del libro el discurso de Don Quijote sobre las armas y las letras y su apresurada defensa de la superioridad de las primeras, discurso que precede y prologa la historia del cautivo. El caballero andante siente la necesidad de hablar de este tema apenas ve el capitán, un gesto que demuestra tanto la estrecha relación que guardan los dos personajes entre sí como su vínculo con el autor. Lo que propugna don Quijote en su discurso conecta directamente con la narración del capitán. Don Quijote es el *alter ego* del capitán cautivo y los dos encarnan a su vez a Cervantes.

Evocando el viejo tema de las armas y las letras, existente desde la Edad Media, Cervantes replantea los cambios ocurridos desde el Renacimiento adaptándolos a su experiencia personal de soldado y escritor. En la vida civil el universitario, el jurista, en ocasiones el mero literato, ascienden al primer plano de la vida social (Castro (1987: 215). Sin embargo, en el discurso de Don Quijote se pronuncia el desilusionado solda-

do Cervantes, desengañado tras la vuelta a su patria y desencantado de sus primeros intentos en las letras. Este hecho acentúa la evocación favorable de las armas, de la vida militar y de sus valores: «Lléguese un día de batalla; que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilos, para curarle algún balazo, que quizá le habrá pasado las sienes o le dejara estropeado de brazo o pierna» (Cervantes. 1990: 411). Con el recuerdo vivo de los hechos y de la Historia, el soldado Cervantes transmite su desencanto. En la batalla el soldado puede sacrificar hasta su vida, pero la respuesta a su herida mortal será la de poner la borla (o quizás deberíamos leer *burla*) de su uniforme como remedio, gesto tan ridículo e inútil como su posterior recompensa.

Ataca a los fusiles «... aquestos endemoniados instrumentos de la artillería a cuyo inventor tengo para mí que al infierno se le esta dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero» (Cervantes (1990: 413). Anticipando la narración del cautivo, Don Quijote describe las escenas de abordaje a los barcos enemigos donde «no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón», solo frente a tantos ministros de la muerte, como llama a los cañones que no distan de su cuerpo una lanza. Y añade: «al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra». Y añade con intención: «en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada» (Cervantes (1990: 413).

El caballero andante describe con detenimiento las escenas de abordaje vividas por Cervantes en Lepanto como un elemento perteneciente a su condición de caballero: Lepanto y caballería andante se igualan. Gran conocedor de la mitología clásica de la que hace muestra a lo largo de su obra (López Férez, 2001: 357-378), Cervantes reelabora el tema de la Edad de Oro procedente de los *Trabajos y Días* de Hesíodo (Castro, 1987: 178-190). Reduce a dos las cuatro edades hesiódicas, confiriéndoles un contraste mayor al identificar la edad de hierro con el presente en que vive. Introduce el elemento caballeresco, declarando su frustrada e irrealizable intención de *hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada*. La ironía cervantina es perfecta: va asociada con la figura de Don Quijote que, simbólicamente, irá de fracaso en fracaso. Se deduce de estas líneas que en la percepción de Cervantes la edad caballeresca se identifica con la edad dorada, así como la Grecia mítica de la Edad de Oro con la Grecia de la acción de los héroes caballerescos y en última instancia con la Grecia de su acción personal.

Por lo que a las letras y los letrados se refiere, Cervantes declara que su premio es mayor que el de los soldados aunque su trabajo es menor: «es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquéllos se premian con darles oficios que

por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor a quién sirven». Y de pronto añade reflejando sus propias desilusiones en las letras: «Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida» (Cervantes, 1990: 411). Los comensales de Don Quijote, como el cura quien al principio del libro echaba los volúmenes de los libros de caballerías al fuego, coinciden con él sobre la supremacía de las armas. Con puntual ironía Cervantes describe la lástima que sintieron los que le escuchaban porque al parecer un hombre de tan buen discurso y entendimiento lo había perdido a causa de su *negra y pizmienta caballería*.

4. Grecia como escenario caballeresco

El elogio de la vida militar, de los ideales y valores que la sustentan, nos remite a otro elemento importante del libro cervantino: los libros de caballerías. La argumentación desplegada por Don Quijote citada arriba corresponde a las ficciones de los libros de caballerías que los «expertos» barbero y cura (espléndida muestra de la ironía cervantina) condenan como responsables de la locura del hidalgo (Di Santo, 1981: 804). La misma condena había sido impuesta durante años por parte de muchos estudiosos de Cervantes quienes siguieron al pie de la letra el dictamen «inquisitorio» del barbero y del cura. La ambigua declaración de Cervantes en el prólogo del *Quijote*, donde afirma que su libro es una invectiva contra los libros de caballerías y que miraba a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo esos libros tenían, fue acatada sin reparos. Pero el discurso de Don Quijote lleno de elementos autobiográficos y de palabras a favor de las armas, la historia del cautivo y las aventuras de su protagonista, indican lo contrario. La supuesta intención de satirizar estos libros, de criticarlos y parodiarlos, los convierte en el eje central del *Quijote*. Representan el punto de partida y el tema entorno al cual se desarrolla toda la acción de la novela (Martín Pina, 1993: 266). A pesar, pues, de su confesado (e irónico) intento, Cervantes resalta en el retrato de muchos de ellos su afición por el género. No podía ser de otra manera dado que, según él mismo declara en el capítulo 50 de la primera parte, «con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros» (Cervantes, 1990: 521). Afirma Mario Vargas Llosa (1991: 90) que «Cervantes no «mató» la novela de caballerías sino le rindió un soberbio homenaje, aprovechando lo mejor que había en ella y adaptando a su tiempo, de la única manera en que era posible –mediante una perspectiva irónica– su mitología, sus ritos, sus personajes, sus valores».

El hidalgo y el capitán cautivo comparten con los héroes de los libros de caballerías no solamente los mismos ideales y valores sino un elemento ulterior que reviste, en nuestra opinión, una importancia particular para la obra de Cervantes en su conjunto: la acción militar común en un espacio geográfico y mitológico determinado por la memoria colectiva y la fusión de Historia, mito y tradición literaria que es Grecia. Este es el topónimo que distingue a tantos héroes caballerescos mencionados en el *Quijote* desde Don Amadís de Grecia, don Belianís de Grecia y don Rugel de Grecia hasta los últimos héroes de las series que aparecen en el siglo XVII. Pertenecen en aquel universo mitológico y heroico que fue Grecia para Cervantes y para todos los lectores españoles antes del *Quijote*. Pascual de Gayangos, el primer de los filólogos modernos que se ocupó exhaustivamente de estas

obras en el siglo pasado, realizó una clasificación basándose en el contenido y el origen geográfico de los textos distinguiéndolos en tres grandes ciclos: el bretón, el carlovingio, y el greco-asiático. Los dos primeros son casi exclusivamente franceses, el tercero Ibérico³.

La materia histórica de las primeras obras del género emana del contacto de cruzados, comerciantes y peregrinos con el imperio bizantino. Libros de viaje, como la *Historia del Gran Tamerlán* de Ruy González de Clavijo, que circulaban desde los principios del siglo XV en los círculos literarios de Madrid, contienen descripciones de Constantinopla, de Trebizonda y de otras ciudades orientales que serán copiadas casi integralmente por los autores de la época. La *Crónica* de Ramón Muntaner describe detalladamente las aventuras casi novelescas de Roger de Flor y de los mercenarios de la Compañía catalana por tierras bizantinas. Su protagonista defiende al emperador Andrónicos Paleólogos de los Turcos, es proclamado Gran Duca y Cesar del Imperio, toma como esposa la nieta del emperador, vence a los Turcos en las murallas de Constantinopla y muere al final en una emboscada de la corte (Stegnano Picchio, 1966: 99-136). Es obvio que tan heroica, casi mítica historia, no podía quedar sin imitadores. Constantinopla y su corte se convertirán en el escenario donde actuarán los personajes caballerescos transportados por el idéntico e inmutable *leitmotiv* desde el siglo XIII hasta el siglo XVI: el viejo emperador bizantino, expresión de la máxima autoridad laica y religiosa como heredero del trono de Constantino, debilitado por la vejez, se encuentra en guerra continua contra los Turcos y recibe la ayuda que le ofrece un caballero andante. Éste cumple su misión con éxito, vence a los infieles y sube al trono de Bizancio no sin haber antes contraído matrimonio con bella hija del soberano del Imperio de Oriente.

Tras la caída de Constantinopla y la expansión del imperio otomano, la capital bizantina se convierte en un *topos* mítico para los autores del Occidente. Será reconstruida libremente en la imaginación de los autores de los libros de caballerías, quienes en sus prólogos afirman con frecuencia que no escriben sino una traducción de un texto griego encontrado casualmente y por ellos rescatado. Es característico el caso de *Tirant lo Blanc*, donde en el prólogo el autor exhibe su cultura clásica con ejemplos tomados de la historia y mitología griegas, citando a Aquiles, Diomedes, Sócrates, Prometeo y Homero. En esta misma obra se reestablece la dignidad imperial con el castigo de un enemigo, los turcos, tan bárbaro que había transformado la espléndida iglesia de Santa Sofía en establo, haciendo eco de un hecho real que demuestra hasta qué punto la caída de la capital había pasado a formar parte de la tradición popular y literaria del Occidente (Stegnano Picchio, 1966: 119).

5. Parnaso y el último viaje de Cervantes a Grecia

Las armas y las letras no cesarán nunca de dominar la vida y la obra del soldado-poeta Cervantes. En el Quijote tenemos la presencia intensa de las armas tanto a través de las narraciones autobiográficas como por la dominante presencia de los libros de caballerías y de su tipología. Es un hecho significativo el que Cervantes deje para el final de su vida la redacción de un libro que valore su vida literaria. Cuando Cervantes decide de escribirlo,

3. Lucía Megías, El corpus de los libros de caballerías castellanos, http://parnaseo.uv.es/Tirant/art_lucia_corpus.htm.

Lepanto y las armas serán de nuevo presentes y el poeta Cervantes vuelve a un espacio geográfico y mitológico a él muy familiar, el de Grecia (Canavaggio, 1981: 33). El tercer viaje de Cervantes por tierras helenas será esta vez un viaje ideal, el *Viaje del Parnaso*, publicado dos años antes de su muerte. Es quizá su obra más autobiográfica que nos demuestra hasta qué punto armas y letras se funden y se completan al evocar el mismo contexto geográfico. El significado simbólico de la vuelta a la tierra en la que Cervantes conoció la gloria como soldado creemos que enlaza directamente con las partes del Quijote que comentamos arriba, demostrando el papel creador de su experiencia en el espacio griego. Es de sobras conocida la predilección de Cervantes por Italia donde vivió antes y después de Lepanto (Canavaggio, 1992: 75-84). A pesar de que, como el mismo declara en el prólogo de *Viaje*, se inspiró del *Viaggio in Parnaso* de Cesare Caporali, la evaluación de su vida y obra literaria no aviene en el suelo itálico. Para este fin Cervantes vuelve a Grecia y más concretamente al espacio geográfico y heroico de Lepanto, a pocos kilómetros del monte Parnaso, donde se encierran las dos condiciones vitales del autor del *Quijote*: la de soldado y la de poeta.

El Parnaso representa la sede del dios de la poesía, Apolo, donde han de personarse todos los buenos poetas del *Viaje* para ser consagrados por él. Es también un termino que se empleaba metafóricamente para designar los círculos de las academias literarias de Madrid que con el auxilio real florecían en aquella época. Sus miembros competían en la escritura de versos encomiásticos al monarca y formaban el establecimiento literario censurado por Cervantes (Vélez-Sainz, 2003: 211-212). El éxito, la fama, la gloria que como poeta y creador verdadero cree merecer, pertenecen a la poesía que denuncia: laudatoria, falsa o embustera, interesada y pobre (Gracia García, 1990: 335). Por eso emprende este viaje, para reivindicar su lugar entre los creadores de buena, verdadera poesía.

Lepanto hace su aparición desde los primeros versos:

Arrojóse mi vista a la campaña
 Rasa del mar, que trujo a mi memoria
 Del heroico don Juan la heroica hazaña
 Donde con alta de soldados gloria,
 Y con propio valor y airado pecho
 tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

(Cervantes, 1784: 6)

Saliendo de Madrid y de las academias literarias, el viaje realiza un recorrido al revés en el tiempo y la memoria, atravesando los lugares que marcaron la vida de Cervantes. Como Ulises en su viaje de regreso a Ítaca, el protagonista del *Viaje* sale de España y, recorriendo el sur de Francia y las costas Italianas, entra en el territorio de Grecia siguiendo un rumbo idéntico al de las flotas cristianas en sus campañas militares. Llega a las costas de Epiro y ahí avista de nuevo los montes Acroceraunos. Empujado su bajel por las Sirenas llega a Corfú, la isla inexpugnable que conoció hace tantos años:

Y dando la galera a la siniestra
 Discurría de Grecia las riberas
 Adonde el cielo su hermosura muestra.

(Cervantes, 1784: 44)

Si en el Quijote la sátira de los libros caballerescos no es sino un pretexto, en el *Viaje* se vuelve implacable cuando trata de sus adversarios: no pierde la ocasión en el V capítulo de contar una batalla naval entre buenos y malos poetas. La batalla naval de las armas en el *Quijote* no es otra que la de las letras en el *Viaje*. En la primera luchaba por su dios y su rey, y en la segunda por su amo, Apolo, el dios de la verdadera poesía. El poeta-guerrero persigue en ambos casos los mismos ideales, inmutables en el tiempo y relacionados con un espacio de valor, mito y poesía, que tanta importancia tuvo para su vida y obra, Grecia.

Bibliografía

- ALVAR, C. y MEGÍAS, J. M. (2004): *Libros de caballerías castellanas: una antología*, Barcelona: Debolsillo.
- ASTRANA MARÍN, L. (1948-1958): *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid: Instituto Editorial Reus, siete vols.
- CANAVAGGIO, J. (1981): «La dimensión autobiográfica del *Viaje del Parnaso*», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 1, pp. 29-41.
- CANAVAGGIO, J. (1992): *Cervantes. En busca del perfil perdido*. Segunda edición. Madrid: Espasa-Calpe.
- CASTRO, A. (1987): *El Pensamiento de Cervantes*, 2ª edición. Barcelona: Editorial Crítica.
- CERVANTES, M. de (1784): *Viage al Parnaso*. Madrid: Antonio de Sancha.
- CERVANTES, M. de (1973): *Viaje del Parnaso y Adjunta al Parnaso*, Edición, introducción y notas de Vicente Gaos. Madrid: Castalia.
- CERVANTES, M. de (1990): *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Texto, introducción y notas de Martín de Riquer de la Real Academia Española, Décima edición. Barcelona: Planeta.
- DI SANTO, E. L. (1981): «Análisis de los discursos sobre la Edad Dorada y las armas y las letras», en *Cervantes, su obra y su mundo, Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*. Madrid: Edi-G, pp. 799-808.
- GRACIA GARCÍA, J. (1990): «*Viaje del Parnaso*: un ensayo de interpretación», en *Actas del primer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas: Alcalá de Henares 29/30 nov.-1/2 dic. 1988*. Barcelona: Anthropos, pp. 333-348.
- HASLOTIS, I.K., (2001): «Hacia una re-evaluación de Lepanto», en *Volver a Cervantes, Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lepanto 1/8 de octubre de 2000*. Palma: Universitat de les Illes Balears, pp. 37-46.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A. (2001): «Algunos dioses de la mitología clásica en Cervantes», en *Volver a Cervantes, Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lepanto 1/8 de octubre de 2000*. Palma: Universitat de les Illes Balears, pp. 357-378.
- MALCOLM GAYLORD, M. (2001): «El Lepanto intercalado de Don Quijote», *Volver a Cervantes*, en *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lepanto 1/8 de octubre de 2000*. Palma: Universitat de les Illes Balears, pp. 25-36.
- MARTÍN PINA, M. C. (1993) «Lectores y lecturas caballerescas en el *Quijote*», en *Actas del Tercer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas: Alcalá de Henares 12-16 nov. 1990*. Barcelona: Anthropos, pp. 265-274.

- MEGÍAS, J. M. L., *El corpus de los libros de caballerías castellanos*, http://parnaseo.uv.es/Tirant/art_lucia_corpus.htm.
- RICAPITO, J. V., (2001): «Cervantes, Lepanto, el cuerpo y el sufrimiento físico», en *Volver a Cervantes, Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lepanto 1/8 de octubre de 2000*. Palma: Universitat de les Illes Balears, pp. 53-66.
- RODRÍGUEZ CACHO, L. (1991): «*Don Olivante de Laura* como lectura cervantina: dos datos inéditos», en *Actas del Segundo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas: Alcalá de Henares 6-9 nov. 1989*. Barcelona: Anthropos, pp. 515-526.
- STEGNANO PICCHIO, L. (1966): «Fortuna iberica di un topos letterario: La Corte di Constantinopoli del *Cligés* al *Palmerín de Olivia*», en *Studi sul Palmerín de Olivia. III. Saggi e ricerche*. Pisa: Università, pp. 99-136.
- VARGAS LLOSA, M. (1991): *Carta de batalla por Tirant lo Blanc*, Barcelona: Seix Barral Biblioteca Breve.
- VÉLEZ-SAINZ, J. (2003): «El anti Parnaso: armas, letras y socarronería en el *Viaje del Parnaso*», en *Estas Primicias del ingenio, Jóvenes Cervantistas en Chicago*. Edición de Francisco Caudet y Kerry Wilks. Madrid: Castalia, pp. 207-229.